

1936 - 1938

Nuestro homenaje a un pueblo heroico

Por el Comandante General de Ingenieros del Ejército del Este,
Teniente Coronel MARTORELL

La fecha de hoy, segundo aniversario del glorioso 7 de Noviembre, al avivar en nuestra memoria el recuerdo de la tenaz resistencia del pueblo de Madrid, nos confirma, una vez más, lo que son capaces de hacer unos combatientes cuando están animados de un alto sentimiento patriótico y poseídos de una firme voluntad de vencer.

La gesta de Madrid, con su ejemplaridad, demuestra cómo una defensiva sostenida a todo trance, por desproporcionados a los del enemigo que sean los medios materiales con que se cuente, puede variar el curso de una guerra. Madrid es, también, modelo vivo de la bondad de una acción de conjunto y de la cohesión.

Al rendir hoy justo tributo de admiración y gratitud a aquellos heroicos luchadores y población civil, renovamos nuestra promesa de seguir su ejemplo, reafirmando, también, nuestro enérgico y decidido propósito de no cejar en la lucha, por difíciles que puedan presentarse las circunstancias.

Laboremos por la victoria sin descansar un momento, con igual fe y entusiasmo que aquellos camaradas; que, como allí, de modo febril, cada día se mejoran, extendiendo y aprietan las mallas de nuestra red de fortificaciones; que cada soldado, sin distinción de Arma, sea un verdadero fortificador; que, al igual que en Madrid, llegado el momento se defiendan el terreno palmo a palmo, casa a casa; que la seguridad de la justicia de la causa que defendemos y la sagrada idea del cumplimiento del deber, imperen sobre los demás sentimientos; y si, aún así, en algún momento pudiera desfallecer el ánimo de alguno, que se mire en el espejo de sus hermanos de Madrid, cuando hace dos años parecía todo perdido, y con su voluntad y heroísmo consiguieron por primera vez desarticular los planes del enemigo.

Hoy, germinada ya la semilla lanzada por nuestros compañeros de Madrid, nuestro Ejército ha adquirido su total desarrollo y está dispuesto a dar todo su rendimiento a la Patria. Los Ingenieros del Este, que somos una de las ramas de este Ejército, no queremos quedarnos atrás en este magnífico florecimiento; y estamos dispuestos a cumplir con nuestro deber de españoles, como lo hicieron aquellos soldados de Madrid y como lo han hecho y lo están haciendo, de modo igualmente admirable, los combatientes de otros frentes.

Horas decisivas

Lo que salvó a Madrid

Por FRANCISCO CARAVACA

dencia histórica, en los que al decidirse su suerte como corazón de la República, se decide también el curso de la guerra contra el invasor y el destino mismo de la democracia europea. Porque si Madrid cae, su pérdida no significará un episodio más de la contienda: la caída de Madrid puede suponer perder la guerra y el aplastamiento total del pueblo español.

Esto lo saben muy bien los heroicos milicianos que, en la Sierra, en jornadas memorables, plétoras de gloria y de sufrimientos, han ido conteniendo el empuje de las huestes bárbaras de Yagüe y Mola. Saben—o, más bien, intuyen, con esa maravillosa intuición de las masas—, que el enemigo, tras de haberse abierto paso hasta la Ciudad Universitaria, la Moncloa, hasta la Cárcel Modelo, y hallarse próximo a la Plaza de España, se cree ya en condiciones de hacer su entrada triunfal en la capital.

«Pronto—piensan los fascistas—las Plazas de Toros de Madrid verán—como la de Badajoz—caer racimos de hombres bajo las balas de la Guardia civil. Pronto, todo Madrid será una nube roja de sangre...» Y las hordas salvajes del Tercio y moros pueblan su mente de escenas de lujuria, pillaje y saqueo...

Todo esto lo saben y lo intuyen el pueblo de Madrid y sus bravos defensores, esas legiones de trabajadores, de todos los partidos y de todos los lugares de España, que el 19 de Julio, unidos por un ideal común y contra un enemigo común, hallaron la fórmula precisa de la victoria; la unidad. Saben todo eso y saben también que Madrid no será nunca del fascismo, porque la ciudad heroica—símbolo universal del heroísmo—, hallará en sí misma, en sus defensores, en su población civil, en sus abnegadas mujeres, en sus obreros, en todos sus habitantes, las fuerzas necesarias para resistir, resistir a todo trance y quebrar así los sueños criminales del invasor. La consigna del doctor Negrín, «Resistir», que hoy es norma y nervio de nuestra lucha, entonces, aunque no formulada todavía, se hizo carne y fue cumplida, de modo instintivo, por aquel puñado de héroes.

Y Madrid resistió y el grito de guerra «No pasarán!» fue una realidad: el enemigo quedó petrificado a las puertas de la fortaleza y allí permanece desde hace dos años, impotente, burlado en sus quimeras de dominio, mordido de rabia después de las derrotas de la Casa de Campo y y del desastre de Guadalajara...

La unidad y el heroísmo de las masas combatientes, su espíritu de resistencia, la firmeza y abnegación de su retaguardia, fueron los factores que salvaron a Madrid...

Hoy, segundo aniversario de la gesta épica que ha causado el asombro de todos los pueblos del mundo por su grandeza homérica, los ingenieros del Ejército del Este saludan al Madrid invencible y, parafraseando las palabras del Jefe del Gobierno, en su último discurso, le dicen: «Nosotros sólo hemos jurado una cosa: vencer...»

¡Y venceremos!

Madrid, 7 de Noviembre de 1936. La capital de España vive horas decisivas de emoción y de angustia, momentos bencheidos de trascen-

El ejemplo de Madrid

Resistencia y unidad

Por J. I. MANTECÓN
Comisario del Ejército del Este

Madrid nos dio el ejemplo con su heroica resistencia y con la unidad magnífica de su pueblo. Madrid supo ver el camino en aquellas horas sombrías. Y Madrid sigue resistiendo como una muralla. ¡No pasarán! Sin embargo, la consigna de ahora no puede ser la misma de entonces. La resistencia del pueblo y del Ejército—vanguardia del propio pueblo—no debe interpretarse como resistencia pasiva; ha de ser viva y vigorosa en la producción, en la organización de la economía, en la disciplina de todos los españoles al Gobierno de Unión Nacional; en la confraternización entre los soldados, los campesinos y los obreros, entre todos los españoles patriotas.

La guerra vamos a ganarla con el esfuerzo de todos. No hay nadie inestimable si responde noblemente al llamado de la patria común, de la española.

Y vamos a obtener la victoria, pese a los conciliábulos extranjeros. La vamos a obtener con nuestro esfuerzo y con la ayuda de los hombres libres del mundo; de los demócratas que no quieren, por dignidad y por sensibilidad, traicionarse a sí mismos. Pero que no nos ciegue el optimismo; la guerra será todavía larga y exigirá de nosotros nuevos sacrificios. A base de estos sacrificios salvaremos a España; nos salvaremos nosotros de la ignominia a que nos quieren someter las fuerzas regresivas que nos atacan.

En esta hora y en ohmenaje, muy merecido, al Madrid inmortal, afiancemos nuestra unidad; mantengamos viva la vigilancia contra los provocadores que, enmascarados o no, traten de dividirnos.

Deploro no disponer de tiempo para extenderme en elogios a Madrid, pero vaya a su pueblo nuestro saludo emocionado y la seguridad de que estamos dispuestos a cualquier sacrificio en su defensa. Por que a Madrid también se le defiende en los Pirineos.

Número extraordinario

MADRID,

con su defensa,
nos enseñó el
camino de la
victoria

La gesta de Noviembre

Fué el triunfo de la Unidad

Por SALVADOR GONZALEZ
Comisario de Ingenieros del Ejército del Este

Madrid, para nosotros, ha sido el gufa de orientación. Eran los primeros momentos de la lucha, cuando nuestro pueblo se sentía preñado de ilusiones por los éxitos obtenidos con el triunfo del auténtico pueblo español en la jornada del 18 de Julio. En las capitales más importantes y decisivas de la República, fue vencida la sublevación militar, que pocos días después ya se veía convertida en guerra de invasión.

El enemigo trató de hacer creer que Madrid dejaría de ser nuestro y que el pueblo español dejaría en su lucha por las libertades nacionales. ¡Pero Madrid no cayó! Ni el pueblo español dejó en su lucha.

Ello fué posible por el contacto de las organizaciones del Frente Popular con sus órganos rectores de aquellos momentos en la defensa de Madrid. La capital de la República se puso en pie para su defensa y fué defendida. Falta de un ejército organizado, luchando con un material desproporcionado en calidad y cantidad, pudo, no obstante, contener a los invasores. ¿Por qué? Sencillamente: por que las consignas dadas eran órdenes para el pueblo de Madrid. Se dijo fortificar, y se fortificó; se dijo la unidad es la victoria, y todos actuaron unidos. Al pueblo se le habló con claridad: se le dijo

cuáles eran los peligros que le acechaban y cual debía ser su actitud. Y el pueblo respondió de una manera ejemplar.

Mas tarde, los frentes de Madrid decían al resto de los combatientes de la República que debían hacer para triunfar: unidad de mando militar y político de la guerra en manos del Gobierno. Orientados en este sentido, se crearon unidades militares, con sus Mandos correspondientes y una disciplina férrea y consciente, nacida de la propia iniciativa de las organizaciones políticas y sindicales. Unidad de la retaguardia y frente. Y así se crearon millares de frentes de producción de material bélico.

Madrid fué también la cuna del Cuerpo de Comisarios, que surgieron espontáneamente del seno de sus respectivas organizaciones, para garantizar la orientación política y moral de nuestros combatientes, así como para realizar la gran tarea de control y vigilancia en el cumplimiento de las órdenes. Aquellos primeros Comisarios, a los que inmediatamente se les dió forma orgánica de actuación, aportaron las más ricas enseñanzas en nuestro trabajo político en el Ejército.

Por consiguiente, al recordar a Madrid, debemos hacerlo aportando nuevos valores y reforzando la

capacidad técnica y combativa de nuestros cuadros de Mando, clases y soldados.

Las enseñanzas de Madrid sirvieron para nuestro pueblo como orientación constante en sus más diversas actividades. Madrid creó, con su valor moral de resistencia, las posibilidades de organizar potentes y numerosas unidades que, más tarde, pasaron a dar gloria a nuestro Ejército en el Jarama, Guadalajara, Belchite, Teruel, Levante y el Ebro, cuyo espíritu combativo nació inicialmente de la moral de aquel pueblo que supo luchar y formarse en las peores condiciones.

Los ingenieros de este Ejército, en este glorioso 7 de Noviembre, deben pensar cuán valioso es nuestro trabajo y cuán decisivo para la defensa del terreno. Nuestra idea central debe ser: trabajar más y mejor, como soldados de una causa justa cual la que defendemos, y reforzar más y más nuestra disciplina; superarnos en todas nuestras acciones; vigilar, como cosa particular de cada uno de nosotros, la unidad del Ejército; y ver en nuestro Gobierno el exponente de la voluntad nacional de independencia de nuestro pueblo. Y así recordaremos a Madrid formando nuestras unidades verdaderos baluartes de ejemplaridad.

Fueron muchos los intelectuales que, como voluntarios, marcharon en los primeros días hacia el frente. Cayeron

algunos en la defensa de su ideal y otros continuaron la lucha. Entre los primeros y por no citar una lista interminable nos limitaremos a recordar los nombres de Barral, el escultor y el maestro Félix Bárcana.

Pasaron unos meses y llegó el trágico y glorioso noviembre. Se acercaban las hordas mercenarias: la aviación extranjera comenzó a causar víctimas inocentes en Madrid.

La defensa de la capital comenzó a prepararse con febril interés. Los Sindicatos se movilizaban en pleno. Unos engrosaban las heroicas Milicias; otros, más clarividentes, comprendiendo que la victoria en nuestra guerra exigía una disciplina militar, se encuadraban en unidades que, agrupadas, formaron el 5.º Regimiento.

Y una de ellas fué el Batallón «Félix Bárcana». Se compuso totalmente de intelectuales, en su gran mayoría maestros. Su Comandante, Ariza y su Comisario, Lombardia, lo eran también. Este último, antes que abandonar Madrid prefirió dejar la Dirección General de 1.ª Enseñanza, a la que su prestigio entre los maestros le había llevado.

Y aún recuerdo su desfile por las calles de Madrid, en que con un atuendo nada guerrero—la urgencia de la organización no permitió atender estos detalles—, marcharon hacia el frente, animosos y dispuestos a la lucha. Sus cuellos duros, sus corbatas impecables, llamaron la atención y aún suscitaban comentarios jocosos, por parte de las unidades que, al costado de ellos, estaban en línea. Y llegó la primera noche de actuación en el frente; el ataque fué duro, el ruido ensordecedor encogía el ánimo mejor templado. Sin embargo resistieron valientemente. Llegó el amanecer, y los maestros no habían retrocedido. Una de las primeras felicitaciones que recibieron y una de las que, quizás más agradecieron fué la de las unidades que el día anterior bromeaban sobre sus trajes.

Pasaron las horas angustiosas de la resistencia desesperada: el cinturón que rodeaba la ciudad, que, en un comienzo, fué de pechos y corazones, se convirtió, merced al esfuerzo de nuestros obreros y soldados, en un círculo de acero y cemento. ¡Madrid estaba salvado!

El Batallón «Félix Bárcana» contribuyó con todo su esfuerzo a que aquello se realizase. Muchos cayeron también en la defensa de Madrid. Entre ellos su Comandante.

Y, cuando la creación del Ejército Popular Regular hizo necesaria la improvisación de Mandos para el mismo, el Batallón «Félix Bárcana» dió un gran contingente de compañeros que, repartidos en lugares de responsabilidad, por los distintos frentes, continúan luchando con tesón y con fe contra el invasor.



El ejército que sabe formarse en las mayores contrariedades y en éstas sabe cumplir con los objetivos que el mando le asigne, es un ejército que tiene que triunfar

Brigadas Obreras

Por el Jefe del Servicio de Caminos del Ejército del Este, Teniente Coronel Durán

d
e
l
F
r
e
n
t
e

Brigadas Obreras del Frente (B. O. F.) que por aquel entonces no tuvieron, porque no quisieron tener, propaganda alguna. Aquellas Brigadas fueron generadoras de los actuales Batallones de Obras y Fortificación.

18 de Julio. Nuestro Sindicato hierve. Hay que hacer algo. Pegar tiros, dicen unos. Hacer uso de la cabeza y no de la puntería, defienden otros. Cuartel de la Montaña: llegan los primeros fusiles «recuperados» en él; Cuartel de Carabanchel primera baja: Orad de la Torre, nuestro presidente, que heroicamente, segado por una bomba.

Contacto con Guerra. Valencia nos guía por aquellos pasillos con ambiente de mudanza. Hernández Sarabia, alma del Ministerio, nos pide una organización para fortificar. Ya está. Cuadros de mando: técnicos sindicados. Fortificadores: afiliados de «La Edificación». Dirección militar: un profesional de Ingenieros y ejecución las B. O. F. En cada Brigada dos grupos: Fortificación y Carreteras. Y dos secciones: Puentes y Destrucciones.

El enemigo se asomaba por entre los picos de Guadarrama y Somosierra. Por algunos deportistas se inventa el turismo de la guerra. Durante el día, a pegar tiros en la Sierra. Por la noche, a Madrid. Van quedando en las cunetas y terraplenes numerosos coches destrozados, como consecuencia de aquella táctica tan «especial». Menos mal que los obreros que tenían una formación sana, sabían cuál era su responsabilidad y... se quedaron también por la noche.

28 de Julio. Salen las primeras B. O. F. Una a Somosierra, para establecer la posición de resistencia, y otra a Guadarrama: reparación y refuerzo de un puente volado prematuramente, preparación de la primera faja de destrucciones y posición de resistencia. La primera está dirigida militarmente por Azcárate y Mozos. La manda Diamante. La segunda por Fraile, como militar, y Armero, como civil. Pasan al Ministerio Azcárate y Mozos. Amplian el negocio de las B. O. F. Van saliendo: Guadalajara, Morguera, Talavera, Puerto de San Vicente, Las Rozas, San Martín de Valdeiglesias, Aranjuez, Santa Cruz de Relamar, Navalcarnero, Bargas... Jalones de nuestra retirada.

70 técnicos y 4.000 obreros de los Sindicatos. 15 o 20 ingenieros militares. Ardid, desde la Comandancia, nos daba picos y piqueles, palas y alambre con una esplendidez asombrosa y desconocida en estos tiempos.

Recuerdos: como «jalearon» los fascistas nuestras fortificaciones de Talavera. ¡Técnicos rusos!, decían. Y aquella, B. O. F. tan satisfecha de ser soviética sin saberlo.

Carretera de Talavera: delante de la B. O. F. que trabaja, nadie. Mas allá los moros y el Tercio. Así varias veces. Pasan las horas inciertas y, por fin, de Madrid llegan camiones repletos de gente entusiasta. Se restablece la línea y... vuelta a empezar. Navalcarnero: Masquelet, jefe del Cuarto Militar del Presidente de la República, fija personalmente la posición de barrera. llega hasta Santa Olalla sin encontrar fuerzas del enemigo... ni nuestras.

Hace un sol de fuego. Agua, piden los fortificadores con voz pastosa. El propio General, en el coche de la Presidencia de la República, acompañado por uno de nosotros, requisaba botijos y cubas y carga con ellos en un coche. La B. O. F. recibe el agua con una ovación.

Algo más: en Bargas, cerca de Toledo, la B. O. F. trabaja (sin darse cuenta, ¡claro!) a retaguardia de los moros. Zaldúa lo puede atestiguar. Entre él y Mozos, que se dió cuenta a tiempo, salvaron la situación.

Compenetración entre los militares «de verdad» y los improvisados. Mando único desde el principio. Seriedad y disciplina. Trabajo silencioso y toneladas de buena voluntad y entusiasmo.

Así empezaron las B. O. F.

Este espíritu de abnegación y trabajo ha hecho posible la defensa de Madrid. Los componentes, obreros, técnicos y militares, integran hoy distintas unidades y organismos de Ingenieros. La semilla sembrada entonces, ha germinado en todas partes y cualquiera que sea el puesto de trabajo que hoy ocupen aquellos hombres, se nota el sello inconfundible de los primeros meses. Puede plantearse la siguiente proporción aritmética:

Quinto Regimiento es a Ejército Regular,
lo que las B. O. F., son a Ingenieros.

Un recuerdo emocionado para los que han caído y un saludo cordial para los antiguos compañeros.

Y una moraleja:

Cuando un pueblo no se deja vencer, es invencible.

¡Salud, madrileños!

Efemérides Gloriosa

El dolor de un pueblo

Por Luis Sampietro
Soldado de Ingenieros



Imposible aprehender en el encasillado de unas líneas lo múltiple. Madrid, genial y heroico, bifurca su personalidad en direcciones remotas.

Cuando se sofocó la rebelión militar apoyada en núcleos opresivos, porque la rebelión fué vencida en escasas horas, había en Madrid el alborozo de los días festivos. Las gentes volcaban su alegría. Alegría un poco irreflexiva de los triunfos fáciles. No se tenía un concepto claro de las obligaciones que se nos habían impuesto, al hacer dejación del orden y de la economía, por las clases rebeldes.

Cuando en breves extensiones, sojuzgadas por la ambición de militares innobles, se abrieron senderos a la invasión, vibró Madrid, una vez más, en sus ideales sagrados. Su patria peligraba, los invasores machacaban a su paso nuestras riquezas. ¡Conquistar ellos con valor personal que se apoya en un fusil! No. Eso se queda para los pobres «rojos» que tienen que defender su independencia. Ellos solamente pueden conquistar lo que previamente se ha machacado por la aviación extranjera. ¡Cómo conquistar un montículo, si puede quedar un soldado auténticamente español, de los que dan la vida por su ideal! No, es necesario que actúe esa aviación hasta que se haya transformado su topografía, hasta que no quede en sus pliegues ni un solo español.

Y fué entonces, cuando el trayecto normal del tranvía al lugar ocupado por el enemigo costaba diez céntimos, el surgir espontáneo de la disciplina, de la unidad; fué entonces, cuando Madrid comprendió la grandeza del momento y estuvo a su altura. Movilizaron las mujeres su laboriosidad y los hombres su energía. Se ardia en afanes de producción. Y el enemigo no pasó, no pudo nunca salvar esa barrera de heroísmo.

Comenzó para Madrid una nueva existencia. Se abrieron los obuses en tormenta. Se dificultaba el abastecimiento. Comenzaba una época de sacrificios que la daban calidades de heroicidad tan grandes como su resistencia al enemigo.

Hasta los sótanos, donde las gentes hacinadas esquivaban la impotencia fascista, llegaba la fragorosa del combate: se miraban entre ellos con expresión de terror que se desvanecía rápidamente. No, no pasarán porque allí se encuentran los soldados de la República y regresaban a sus lechos para continuar sus tareas al día siguiente.

Entre esos padecimientos, entre esas privaciones ha surgido la expresión más bella del pueblo madrileño. Hay en las caras de sus gentes un rictus de cansancio. Encontrareis el gesto de bondad que se purifica en el dolor. ¡Ah! Pero no esperéis encontrar la más leve expresión derrotista que pudiera intentarse justificar en sus padecimientos, no. Os mostrarán sus deseos de llegar al final de la guerra por terminar la efusión de sangre. nunca, por disminuir sus penalidades. Os dirán que se termine la guerra; pero con nuestro triunfo rotundo, con nuestra victoria total. No quieren que sus padecimientos sean estériles y que España pueda volverse a encontrar en el riesgo de ser colonizada.

Los leñadores en la defensa de Madrid

Por el Capitán JOSE LILLO
de la C. G. I.



En los momentos de desfallecimiento que pudierais sufrir ante la dureza del trabajo en la guerra, en aquellos en que el recuerdo de la familia y el hogar lejanos parecen resistir energía y entusiasmo en el trabajo, en aquellos otros en que el frío, agrieta las manos y parece hacer el pico más pesado y la tierra más dura; quisiera recordaros la actuación de unas brigadas de leñadores y carboneros, que en Madrid se constituyeron en Noviembre de 1936, con objeto de abastecer de combustible a las heroicas milicias que defendían palmo a palmo las afueras de Madrid y al pueblo madrileño.

Eran los momentos en que moros y legionarios llegaban a la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, en que los obuses extranjeros empezaban a cerramar en las calles de Madrid sangrientamente. Eran los momentos también, en que llegaban las primeras Brigadas Internacionales.

El único bosque cercano a Madrid, donde podía hacerse leña, era el monte de El Pardo, magnífico encinar y uno de los mejores del mundo por su arboleda y características. Allí había mucha leña, mucha. Pero dentro ya del mismo bosque estaban los facciosos; el tren no se había estabilizado, la lucha por la posesión de las encinas era encarnizada.

Sin embargo, la Junta de Madrid no vaciló, allí fueron las brigadas de leñadores y allí empezaron a cortar y a podar encinas sufriendo la lluvia y el barro bajo los obuses y las bombas incendiarias. No se retrocedió en el cumplimiento del trabajo encomendado. En el Madrid heroico faltaba de todo. ¡No faltaría también la leña!

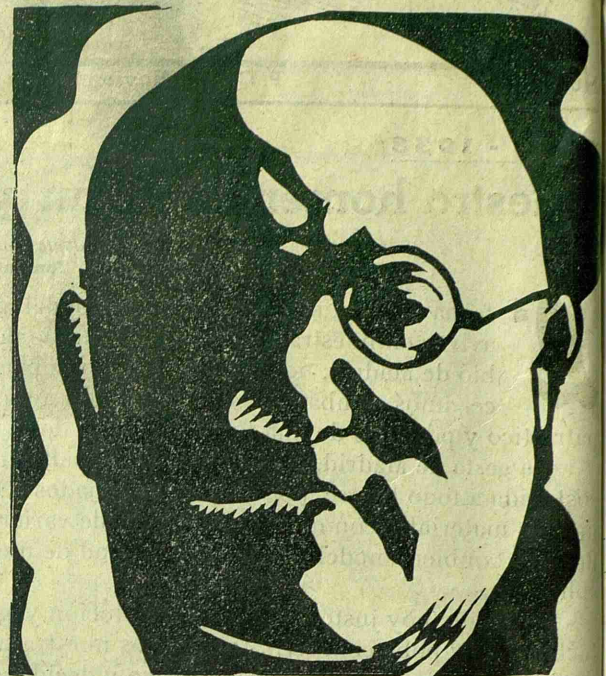
Las Brigadas de leñadores de la Junta de Defensa que allí trabajaban y que yo tuve el honor de dirigir, estaban compuestas por cientos de refugiados de Extremadura y Toledo. Eran socialistas, republicanos, simplemente hombres de ideas liberales, que habían huido de la invasión por llanos y sierras. En sus ojos conservaban todavía la imagen de irricornios y chilabas. Llegaban descalzos y medio desnudos; toda su familia, su hacienda, quedaba atrás, sometida a represalias y a leyes opresoras y absurdas. Sin embargo, no creáis que esas penalidades habían destruido su moral, todo lo contrario; el rendimiento de su trabajo era superior al de la época normal. Tenían, trabajando, que ganar la guerra por dos motivos: Por el triunfo de sus ideales y por la reconquista de su hogar. El carbonero y el leñador de oficio insinuaban al peon y las diferentes brigadas competían entre sí en cantidad de leña hecha durante la jornada.

Juntamente con ellos trabajaban también obreros de la construcción pertenecientes a los Sindicatos madrileños. La mayoría de ellos no habían visto árboles mas que en Parques y Paseos; sus manos no estaban acostumbradas a la dureza del hacha, pero sin embargo tenían callosidad y deseos de trabajar. Pronto empezaron a imponerse en su labor; unos se hicieron podadores, otros aprendieron a hacer cabos: todos ellos dormían en cabafias o a campo raso, como si hubieran sido campesinos toda la vida.

Y tener en cuenta que las condiciones del trabajo eran muy duras en el monte de El Pardo. Se trabajaba inmediatamente detrás de las trincheras de primera línea. Durante la noche el run-ran de los trimotores en vuelo nocturno, se acompañaba a las descargas de fusilería. Durante el día la artillería facciosa tomaba las humaredas de las carboneras como blanco. Las bajas eran frecuentes.

Todos los hombres que allí trabajaban eran obreros civiles, no les obligaba ninguna ley de movilización a permanecer en su trabajo. Los suministros de víveres eran poco frecuentes y muy escasos, sin embargo, resistieron. Sabían que de su trabajo dependía que Madrid tuviera leña, que se pudiera cocer el pan para los mismos soldados que a poca distancia de ellos luchaban.

Y lo que parecía imposible se hizo. En Europa, graves diplomáticos y sesudos hombres de estado, daban Madrid por perdido, pero resistió. Los tanques alemanes que en los pueblos toledanos derribaban como castillos de naipes las pobres chozas de adobes, al llegar a Madrid se encontraron con sus heroicos antitancuistas; allí terminaron su carrera de destrucción. No pasaron los moros ni los legionarios, ni los traidores. Pechos heroicos se opusieron a ello, miles de combates con el fusil, el pico o el hacha, lo impidieron. El valor y el exacto cumplimiento del deber habían ganado la batalla.



Defensa
de
Madrid

Por RAFAEL ALBERTÍ

Madrid, corazón de España late con pulso de fiebre. Si ayer la sangre le hervía, hoy, con más calor le hiere. Ya nunca podrá dormirse, porque, si Madrid se duerme, querrá despertarse un día y el alba no vendrá a verle. No olvides, Madrid, la guerra, jamás olvides que enfrente los ojos del enemigo te echan miradas de muerte. Rondan por tu cielo halcones que precipitarse quieren sobre tus rojos tejados, tus calles, tu brava gente. Madrid: que nunca se diga, nunca se publique o piense que en el corazón de España la sangre se volvió nieve. Fuentes de valor y hombría las guardas tú donde siempre. Atroces ríos de asombro han de correr de esas fuentes. Que cada barrio, a su hora, si esa mal hora viniere — hora que no vendrá —, sea más que la plaza más fuerte. Los hombres, como castillos; igual que almenas sus frentes, grandes murallas sus brazos, puertas que nadie penetre. Quien al corazón de España quiera asomarse, que llegue. ¡Pronto! Madrid está lejos. Madrid sabe defenderse con uñas, con pies, con codos, con empujones, con dientes, panza arriba, arisco, recto, duro, al pie del agua verde del Tajo, en Navalperal, en Sigüenza, en donde suenen balas y balas que busquen helar su sangre caliente. Madrid, corazón de España, que es de tierra, dentro tiene, si se le escarba, un gran hoyo, profundo, grande, imponente, como un barranco que aguarde. Sólo en él cabe la muerte.

Los Ingenieros del Este sabremos cumplir nuestro deber, imitando el ejemplo de los combatientes de Madrid, Levante y el Ebro.